

7. Más allá del equilibrio

Cuando los niños adquieren equilibrio por primera vez, pueden moverse, estirarse y levantarse de maneras coordinadas que antes no eran posibles. West Belnap me ayudó a solidificar mi comprensión de la necesidad de un equilibrio del corazón y la mente. Luego, con el transcurso de los años, aprendí más acerca de movimientos, estiramientos y levantamientos más fuertes en esa base equilibrada. Además, me descubrí entrando a otra fase, que ahora se parece a la simplicidad más allá de la complejidad.

Por ejemplo, entreviste a un posible miembro del cuerpo docente de BYU, que describió sus convicciones religiosas como “una fe inteligente”. A primera vista, su actitud parecía equilibrada y constructiva. Pero, a medida que reflexionaba más con respecto a su frase, comencé a preguntarme un poco en cuanto a cómo modificar la palabra *fe* con una palabra como *inteligente*, porque pude darme cuenta de que a veces la fe verdadera y sacrificada debe llevarnos más allá de a dónde solo puede llegar la razón.

Recordé cuando el Presidente Mario G. Romney visitó mi misión en Alemania. En una sesión de preguntas y respuestas, un misionero preguntó, “¿Por qué no bautizamos a personas más *inteligentes*?” El Presidente Romney citó DyC 93:36–37: “La gloria de Dios es la inteligencia, o en otras palabras, luz y verdad. La luz y la verdad desechan a aquel inicuo”. Luego, preguntó, “¿Alguien que se une a la Iglesia abandona el mal y abraza la luz y la verdad?” El misionero asintió. El Presidente Romney preguntó, “Entonces, ¿qué tipo de persona es él?” Después de una pausa, el sorprendido misionero dijo, “¿Una persona inteligente?” El Presidente Romney dijo, “Eso es correcto. Siguiendo pregunta”.

Sabía qué había detrás de la pregunta de ese misionero. También me di cuenta de que, con algunas excepciones importantes, no atrajimos a una gran parte de nuestros investigadores por lo que podría llamarse la “intelectualidad” alemana. Desde entonces me di cuenta de que en la historia primitiva de esta dispensación, como en los tiempos bíblicos, aquellos a los que les atraía el mensaje del Evangelio, a menudo se les describía en las Escrituras como las personas “débiles y sencillas” de la tierra (DyC 1:23). “Porque nadie es aceptable a Dios sino los mansos y humildes de corazón” (Moroni 7:44) y, con demasiada frecuencia, cuando las personas “son instruidas se creen sabias, y no escuchan el consejo de Dios”. Sin embargo, “bueno es ser instruido, si hacen caso de los consejos de Dios” (2 Nefi 9: 8–29).

Aproximadamente, al mismo tiempo, vi que un amigo cercano, de mi edad, se debilitó físicamente debido a la esclerosis múltiple. Poco a poco, perdió su capacidad para caminar, ponerse de pie y, después, sentarse. Durante la etapa en la que estuvo completamente postrado en cama, su esposa falleció de cáncer. Su familia lo llevó al funeral en una cama de hospital.

Poco después del funeral de su esposa, fuimos a visitarlo a su casa. Cuanto más hablaba, más me sorprendía el espíritu de paz y luz que lo rodeaba. Dijo que no podía dejar de pensar en lo afortunado que había sido en su vida. Fue bendecido con la mujer con la que se casó, con los hijos que el Señor les dio, con la vida abundante que tuvieron juntos en su pueblo pequeño y vivaz. Se rió entre dientes mientras hablaba de lo feliz que se sentía ahora de que su esposa y él hicieran tantos viajes de “felices por siempre” durante sus primeros años, aunque no pudieran pagarlos.

Habló acerca de la admiración que sentía por los pioneros que dejaron Nauvoo para establecerse en Utah. Recordó que muchos de ellos se invistieron en el Templo de Nauvoo a fin de fortalecerse para su viaje por el temible desierto. Cada señal que provenía de él era auténtica y no percibí autocompasión. La luz en su rostro y el espíritu en la habitación, me dijeron que estaba observando el proceso sagrado de santificación, que su estado físico deteriorado paradójicamente parecía haber mejorado.

Esa noche leí DyC 101:2-5, “Yo, el Señor, he permitido que les sobrevenga la atribulación con que han sido afligidos, [y] todos los que no quieren soportar la disciplina... *no pueden ser santificados*” (DyC 101:2,5). La simplicidad mansa y humilde que buscamos más allá de la complejidad tiene un precio—aunque no siempre es el sufrimiento físico. El sacrificio puede tomar muchas formas, no todas se pueden explicar completamente por la razón.

Luego, vi a nuestro hijo Tom y a su esposa, Tracy, experimentar que su hija naciera con una parálisis cerebral muy grave. Debido a la amenaza de que su bebé naciera antes de tiempo, Tracy estuvo en total reposo durante nueve semanas. A pesar de la incomodidad y las advertencias de los médicos, ella estaba muy decidida a seguir con su embarazo hasta que el bebé pudiera sobrevivir después de su nacimiento. Una noche, sintió que de algún modo su sacrificio emulaba el ejemplo del Salvador: renunciar a la fuerza de su cuerpo para fortalecer otro cuerpo. Ese pensamiento la ayudó a ver su experiencia como un privilegio, en lugar de una carga.

Llamaron a su bebé Chaya, que significa “vida” en hebreo. Chaya nunca pudo caminar, hablar o alimentarse por sí sola. Pero, su sonrisa podía iluminar toda una habitación. Al principio, Tom le dio a Chaya una bendición en la que reconoció su nacimiento como un evento crucial en la vida de sus padres. Sintió que Dios sabía de sus circunstancias y que la condición de esta niña tenía un gran propósito. Se le había pedido a su familia que ofreciera un sacrificio que de alguna manera haría que el propio sacrificio del Señor fuera aún más significativo para ellos.

Finalmente, Chaya murió a la edad de quince años, pero la convicción que sintieron por la bendición de su padre siguió aumentando para su familia.

Algo con respecto a estas dos experiencias, me hizo pensar nuevamente en el significado de la “fe inteligente”. Las enfermedades de largo plazo y muy tristes; luego, la muerte de mi amigo y de Chaya, desafiaron las explicaciones lógicas y, sin embargo, fui testigo de sus efectos sagrados. Sentí que la búsqueda equilibrada de conocimiento, tan valiosa como es, tal vez no sea nuestro último fin.

Simplemente, *saber* algo no nos santificará; no nos hará capaces de estar en la presencia de Dios y nuestras circunstancias de santificación no siempre serán racionales. Por su propia naturaleza, la fe finalmente nos lleva más allá de los límites de la razón. Por lo tanto, si condicionamos nuestra fe a la racionalidad, podríamos retroceder de una experiencia de santificación y, de este modo, no descubrir lo que podría enseñar la experiencia.

Aunque ceder ante tales experiencias transformadoras es necesariamente un salto de fe, no podemos llegar ahí hasta que hayamos caminado tan lejos como lo permita la luz de nuestra búsqueda de conocimiento. Al mismo tiempo, toda una vida intentando comprender la mortalidad, especialmente en los días en los que parece que no tiene mucho sentido, nos puede dar la experiencia que necesitamos para valorar nuestra santificación.

En la posición equilibrada de aceptar tanto lo ideal como lo real, valoramos el individualismo y la razón, pero también valoramos nuestra fe en la autoridad de Dios. No regresaríamos a una simplicidad tan inocente que excluya completamente la razón o la fe. Sin embargo, la simplicidad más allá de la complejidad nos invita a darnos cuenta de que solo un enfoque equilibrado no será suficiente. Cuando se nos exige al máximo de nuestras capacidades, alcanzamos un nuevo nivel que nos permite aprovechar al máximo nuestras raíces hebreas.

No es de extrañar que el Élder Maxwell dijera “deberíamos tener nuestra ciudadanía en Jerusalén con un pasaporte para Atenas”.⁴⁴ Además, parte del sacrificio del Señor puede requerir que aceptemos lo que Él pueda “infligir” de nosotros (véase Mosíah 3:19) sin comprender, para nuestra satisfacción racional, por qué deberíamos perdernos en alguna noche oscura del alma. Podemos confiar en que finalmente la luz del poder expiatorio de Cristo traspasará nuestra oscuridad y nos bendecirá con entendimiento.

Si bien admiraba la buena educación, el Élder Maxwell creía que la vida de un discípulo y erudito se trata más de la consagración que de la educación. Creía que la fiel “educación [puede ser] una forma de adoración, otra dimensión de consagración”.

Sin embargo, estaba preocupado por los eruditos o estudiantes que miden y examinan el Evangelio y la Iglesia con lo que aprendieron en sus disciplinas académicas, más de lo que examinan sus disciplinas a través de la lente del Evangelio.

Cuando el Élder Maxwell me pidió por primera vez que escribiera su biografía, pensé que su vida se centraría en sus contribuciones como un gran ejemplo a seguir para los Santos de los Últimos Días instruidos. Sin embargo, pronto mi investigación me demostró que el mensaje central de su vida se trataba más de convertirse en un verdadero discípulo que del aprendizaje y la educación. Por ejemplo, su comprensión de la palabra *discípulo* se desarrolló con el tiempo. Primero utilizó el término en la década de 1960 como sinónimo de *miembro de la Iglesia*. Después, como comisionado de educación de la Iglesia a principios de la década de 1970, se preocupó por la creciente influencia de la secularidad moderna. Comenzó a utilizar la palabra *discípulo* para describir a los miembros de la Iglesia que se resisten al encanto secular. Más tarde, llegó a conocer a varios miembros de la Iglesia que estaban lidiando con la adversidad de maneras que mejoraron su desarrollo espiritual. Pronto, sintió que esas personas eran los verdaderos discípulos.

Su llamamiento en el Quórum de los Doce en 1981 lo impulsó a enfocar toda su atención en convertirse en un discípulo más fiel de Cristo. Como reflejo de su gran determinación de vivir mejor, sus escritos y discursos se centraron más en la relación personal de un discípulo con Cristo y cómo el Señor nos ayudará a aprender atributos semejantes a los de Cristo, tal como la paciencia, la esperanza y la humildad de corazón. Asimismo, consideró el discipulado más como un proceso que como una sola elección y se dio cuenta de que el Señor, a veces, usa la adversidad para enseñar a Sus seguidores lo que necesitan aprender para su desarrollo.

Es por eso que escribió, en términos que algún día adquirirían un significado muy personal para él, que “el acto mismo de elegir ser un discípulo puede traernos cierto sufrimiento en especial. [Tal] sufrimiento y disciplina es la dimensión que viene con el discipulado profundo”, cuando el Señor “nos lleva al borde de nuestra fe; [y] nos tambaleamos al borde de nuestra confianza [como una] forma de aprendizaje que se administra a manos de un Padre amoroso”. 45

Por lo tanto, no es de extrañar, que cuando sus doctores le informaron en 1997, a los setenta años, que padecía de un tipo muy grave de leucemia, le dijera a su esposa, Colleen, “debí haberlo imaginado”. ¿A qué se refería? Neal Maxwell, el apasionado estudiante de discipulado, se inscribió años antes para recibir tutoría divina, y su tutor lo admitió en estudios clínicos de posgrado. Durante sus últimos siete años [de vida], envolvió sus brazos y su cuerpo con el proceso desgarrador de santificación al igual que su seminario final.

La mayoría de las personas que experimentan una enfermedad terminal no pueden evitar que su propio sufrimiento las consuma. Sin embargo, ese no fue el caso del Élder Maxwell, ya que se vio a sí mismo en un tiempo de pruebas y refinamiento. Asimismo, debido a que decidió no permitir que su tristeza lo aprisionara, pudo reflexionar con respecto a lo que su nueva comprensión podría enseñarle y cómo podría ayudarlo a enseñar a los demás. Una impresión espiritual le hizo sentir que el Señor le dio la leucemia para que “pudiera enseñar a las personas con más autenticidad”.

Como resultado, aquellos que lo conocieron durante años, ahora ven una nueva bondad, una mayor empatía, una mayor sensibilidad espiritual y compasión más profunda por las necesidades de los demás. El Élder Maxwell consideró esta experiencia como un regalo, no como un logro. Sabía que el Señor le estaba dando un corazón nuevo y santificado, lleno de atributos divinos, y dijo, “El corazón del hombre natural es muy egoísta y duro”. Sin embargo, “la adversidad puede expulsar el [resto] de hipocresía que se encuentra ahí. [Entonces, para mí] ha sido una gran aventura espiritual, una que no quisiera haber perdido. Y, a pesar de que esto haya [tenido un costo alto], ha sido una gran bendición. Sé que las personas podrían pensar que solo estoy siendo entusiasta al decir eso, pero es verdad”. 46

De alguna manera, ver la experiencia del Élder Maxwell de cerca, al igual que la experiencia de mi amigo con esclerosis múltiple, me ayudó a cambiar mi perspectiva en cuanto a mi “problema religioso”.

Estaba viendo más allá del propio equilibrio, sintiendo un deseo más elevado de desarrollar la capacidad para hacer sacrificios de santificación. A menudo, aquellos que desean la santificación deben pagar un precio muy exigente, uno que va más allá de la comprensión lógica. En lugar de buscar una explicación racional, el Élder Maxwell nos podría decir con toda seguridad que Dios nos ama, pero que no sabía el significado de todas las cosas (véase 1 Nefi 11:17).

Hace poco, un estudiante y amigo vino a visitarme. Unos meses antes, nos encontramos con su padre en un hospital, donde se encontraba cerca del final de una enfermedad terminal. A pesar de sus lágrimas y preguntas, este padre estaba lleno de paz y propósito. Dijo que sabía que sus días estaban contados, pero que había aceptado el desafío de su presidente de estaca de leer las Escrituras e internalizar todo lo que pudiera con respecto a la doctrina de santificación. Su semblante y sus pensamientos eran similares a lo que había visto antes, con mi amigo y el Élder Maxwell. Le dijimos algunas palabras con la intención de animarlo, pero fue él quien *nos* dio la perspectiva espiritual.

Su hijo vino a decirnos que su padre acababa de fallecer. Luego, dijo que aprendió sobre la santificación gracias a su padre, durante sus últimas semanas, y que eso cambió permanentemente su visión de la vida diaria. Basándose en la experiencia de su padre, dijo que ahora no iba a querer esperar hasta que tuviera una enfermedad terminal. Deseaba vivir de una mejor manera *ahora*, más cerca de lo que llamó “los asuntos de la eternidad”. De algún modo, la visita de este estudiante ilustró la simplicidad más allá de la complejidad para nosotros, a pesar de que sabía que probablemente tendría que pagar su propio precio alto e ir más allá de su propia complejidad personal.

Algo con respecto al sacrificio consagrado de un corazón quebrantado y un espíritu contrito nos bendice con una vista más profunda, que nos conduce a una esfera más alta de la que nos puede elevar el simple equilibrio—aunque estar sobre esa base equilibrada nos ayuda a llegar a lo alto. La simplicidad más allá de la complejidad no nos pide que renunciemos a nada de valor en nuestro razonamiento, aunque reconoce los límites de la razón.

Sin embargo, desde este punto de vista más elevado, necesitamos una investigación aún más rigurosa, especialmente sobre cómo alimentar los asuntos de la eternidad.

En este nivel de simplicidad madura, ser un verdadero discípulo no se trata tanto de lo que uno hace o cómo piensa, sino de quién y qué es—y en qué se está convirtiendo. En el curso de su vida adulta, el Élder Maxwell cambió gradualmente su énfasis en las “macro” preocupaciones a gran escala sobre la secularización y los problemas sociales por las “micro” preocupaciones personales con un mayor enfoque en cómo vivir nuestras vidas. No significa que no importen los macro problemas, el Élder Maxwell solo sabía que se podía hacer más con respecto a los micro problemas. Con el transcurso del tiempo, sabía que la forma en que el Evangelio cambia a las personas es la única forma de cambiar permanentemente a la sociedad. Al final, no hay palabras con guiones como *discípulo-erudito*. Si finalmente no somos verdaderos discípulos, no importa mucho qué más seamos.

La pintura a continuación es una versión visual de entrar a la simplicidad más allá de la complejidad. Es una representación del pintor suizo Eugene Burnand de Juan y Pedro, verdaderos discípulos, corriendo en dirección a la tumba a primeras horas de la primera mañana de Pascua. En las palabras de Juan, “*corrían los dos juntos*” (Juan 20:4; énfasis añadido) hasta que llegaron al sepulcro.



Esos dos rostros capturan la tensión ansiosa entre la fe y la razón. Ya que nadie había resucitado, habría sido ilógico para Juan y Pedro pensar que Cristo podría vivir nuevamente. No es de extrañar, que no hubieran entendido cuando les dijo que los dejaría pronto, pero “de nuevo un poquito, y me veréis [y] vuestra tristeza se convertirá en gozo” (Juan 16: 18–20). Sus rostros también muestran su fe y esperanza en aumento por vencer sus temores racionales. Entonces, cuando Juan y Pedro finalmente se reunieron con el Señor resucitado, el hecho de haber sido lo suficientemente fieles de correr hacia Él, aceleró la resolución máxima de su complejidad.

Esta pintura nos habla en cuanto a actuar, movernos—ahora, temprano, como en la mañana de Pascua. No necesitamos esperar hasta que tengamos una enfermedad terminal para tomar en serio los asuntos de la eternidad. *Ahora*, podemos sentir la emoción de acelerar nuestro paso mientras corremos a encontrarnos con Él. Ahora, podemos apresurar nuestro deseo de vivir más cerca de esa Presencia eterna, para que Él pueda prepararnos mejor para cualquier otra complejidad de santificación que nos aguarde.